

1) Una definición interna del P.D.C.

Es un hecho evidente que con el correr del tiempo nuestro Partido ha ido teniendo una profunda mutación interna. El lenguaje que en muchas partes se habla, poco o nada tiene que ver con el lenguaje de la Democracia Cristiana. La fraternidad interna es casi un recuerdo del pasado. Nuestro espíritu solidario ha dado paso al sectarismo de los grupos y al desprestigio sistemático de personas y planteamientos. Ya es casi imposible hablar, sin ser inmediatamente encasillado en definiciones y adjetivado con toda clase de epítetos.

Por esta razón se hace ya indispensable el nacimiento de un vasto movimiento de recuperación del Partido, para los auténticos Demócratas Cristianos. Es ya una necesidad de expresión humana el poner término a los excesos de un fraccionalismo que cada vez se hace más sectario y estrecho. Se hace indispensable devolverle a la gran masa de los demócratas cristianos la posibilidad de volver a expresar se dentro de un marco racional y fraterno, donde sus planteamientos sean escuchados con respeto. Se hace necesario un vasto movimiento de recuperación del Partido para que éste siga siendo el mismo de siempre, con su doctrina, con su estilo y con su postura política propia.

En los últimos años, el Partido ha vivido una verdadera penetración ideológica que lo aleja cada día más de sus auténticos principios doctrinales. Muchas veces las mismas palabras encierran ya conceptos diferentes, pero muchas otras se han pasado de contrabando conceptos que provienen de otras tiendas y, concretamente, del marxismo.

Por esta razón se hace indispensable volver a reivindicar nuestras propias banderas doctrinarias. Debemos reafirmar con fuerza y decisión la inspiración cristiana de nuestro movimiento. Es este un movimiento con una sólida base moral y doctrinaria, capaz de darle sentido a la vida y dar una interpretación acabada del hombre y de la sociedad.

Debemos, reafirmar el carácter humanista de la Democracia Cristiana, lo que coloca en contra de toda forma de

opresión, de totalitarismo, de imperialismo. Es este un movimiento inspirado en la dignidad de la persona humana y por lo tanto toda su orientación está en poner el mundo y sus riquezas al servicio de ese ser humano, sin discriminaciones ni odiosidades.

Debemos reafirmar el carácter democrático del Partido. En un momento en que se habla de violencia, de guerrillas, de dictaduras y golpes de Estado, debemos volver a reafirmar nuestro carácter absolutamente libertario. Los golpistas y los totalitarios deben saber que en nosotros encuentran a su más decidido y enconado adversario. El Partido debe reafirmar permanentemente su rechazo a toda forma de violencia y a todo intento de subvertir el orden democrático, derivado de la voluntad soberana del pueblo.

Debemos reafirmar nuestra condición revolucionaria y popular, pero aclarando que ella es la consecuencia lógica de una doctrina y de una vida política y no la copia fácil y desafortunada de otros esquemas y posiciones. Es nuestro movimiento nacional y popular, en el entendido de que está, primordialmente, al servicio de los pobres y explotados, pero que no discrimina a todos los demás chilenos. Es el nuestro un movimiento pluriclasista al servicio de los trabajadores y del país. Ceben en el hombre de todas las clases sociales y se rechaza toda forma de clasismo o de discriminación por razones sociales.

Es inspirado en estos principios que el Partido debe aborcarese a estudiar las nuevas etapas de profundización revolucionaria. Nadie puede pensar que en seis años de Gobierno se ha agotado la tarea del Partido, ni siquiera que se haya realizado su principal parte. Si se observa el largo tiempo que toma hacer la revolución en otros países, debemos comprender que la Revolución en Libertad está recién en sus inicios. Es recién, la primera etapa de un largo proceso de justicia, democratización y desarrollo.

Lo único importante en esto, es reafirmar que las nuevas etapas se basan y reconocen la primera de ellas que es el Gobierno del Presidente Frei. Las futuras etapas responderán a la inspiración básica de la democracia cristiana y no a otras ideologías y a otros postulados programáticos y políticos.

A nadie se le ha ocurrido en el mundo pensar que la superación del sistema capitalista se pueda hacer en dos años. La tarea histórica de la Democracia Cristiana, de construir una sociedad comunitaria no es algo que pueda realizarse en dos años o en seis años o en veinte años. Son estos procesos largos y difíciles. Lo importante es que en cada etapa se avance sustancialmente en esa dirección y no se consolide el régimen capitalista. Debe quedar por lo tanto en claro que no buscamos ninguna forma de estatismo o de socialismo, como algunos camaradas pretendieran hacernos creer.

Nuestro deber es el de un sistemático y permanente proceso de profundización de los cambios sociales para hacer la revolución comunitaria. Nadie debe engañarse sobre esa vocación esencial de nuestro Partido. Pero tampoco nadie debe engañarse en cuanto a que a los demócratas cristianos se nos pueda pasar gato por liebre y que se nos pueda conducir a la realización de una revolución que no sea cristiana en la moral, humanista en lo doctrinario, democrática en método y popular en su contenido.

Es por esta razón que debemos dejar en claro que existen grupos anti-partidos en el interior de nuestro movimiento. Grupos que no aceptan ni la doctrina, ni el estilo ni el programa de la Democracia Cristiana y que sólo buscan conducirnos en forma solapada hacia fórmulas totalitarias, colectivistas y anti-populares de inspiración marxista. Esos sectores deben ser desenmascarados y expulsados del Partido por que se han equivocado de tienda entre nosotros.

2) La Situación Política del País:

El primer deber de todo demócrata cristiano es saber valorar con sincera profundidad lo que ha significado en Chile el Gobierno del Presidente Frei. Nadie puede ignorar el profundo cambio producido en nuestras estructuras sociales, políticas y aún económicas desde 1964 en adelante. El nacimiento de un vasto movimiento social, capaz de reivindicar el poder de la oligarquía e manos del pueblo es lo que caracteriza ese cambio, con mayor propiedad. Entre la oligar-

guía y el Estado ha emergido el poder del pueblo, que transformará nuestras estructuras productivas, sociales, políticas, regionales, etc., etc.

El Gobierno de la Democracia Cristiana constituye el hecho político más importante del siglo en nuestro país. No sólo por la transformación que produce, sino que también por la reacción que produce en los movimientos políticos de oposición. Su labor debe ser reivindicada con orgullo y decisión por los demócratas cristianos, porque por muchos que hayan sido los errores cometidos, las realizaciones dejan un balance que se quisiera cualquier otro partido que haya tenido el poder en Chile.

En esta materia, como en muchas otras, el Partido no debe dejarse apabullar ni acomplejar por la oposición. En el fuero íntimo todos los chilenos reconocen el esfuerzo realizado y los demócratas cristianos tienen que saberlo explotar para sí. Tanto es así, que la forma como han reaccionado los partidos de oposición constituye una prueba palpable de nuestro éxito.

La derecha, nuestro enemigo de siempre, creyó que nuestras promesas revolucionarias quedarían en el papel de las promesas electorales. Al ver que esto no era así, se convirtieron en nuestros más decididos enemigos y su violencia contra el Partido, es la violencia del que se sabe condenado a muerte. Todo su odio y lo que le resta de su poder, serán usados sin contemplaciones en un último esfuerzo por destruirnos.

Bastaría ver la desesperación que reflejan sus actos, para darse cuenta de que realmente se les ha tocado en aspectos fundamentales de su poder y que están dispuestos a jugarse el todo por el todo con la intención de impedir la posibilidad de que el P.D.C. continúe en su tarea de transformación social. Raras veces en el pasado un Gobierno había contado con una oposición más insolente y audáz de la derecha, que ha llegado hasta el límite del golpeo.

Los derechistas han constatado que Chile no es hoy el mismo de 1964 y están dispuestos a reaccionar en consecuencia.

La izquierda marxista, por su parte, también, ha constatado el profundo cambio que ha sufrido el país. Poneba de ello es que la sólida alianza del FRAP con más de diez años de solidificación se ha venido abajo en un par de años. Frente al fenómeno democrata cristiano, la izquierda marxista ha dejado de ser alternativa de poder en Chile. Los socialistas han perdido su fe en el sistema democrático porque saben que el PDC y su obra han calado profundo en el alma del pueblo, con lo cual sus chances de ganar una elección son cada vez más reducidas. Los comunistas no se atreven a embarcarse en aventuras porque saben que el pueblo está tras el Gobierno y que nuestra democracia se ha solidificado en estos cuatro años.

La extrema izquierda ataca, obstruye, pero en el fondo de su ser comprenden que esto es un fenómeno profundo para el cual todavía no tienen respuesta real.

3) El Camino para el Partido Democrata Cristiano.

En primer lugar, lo claro, lo viril, lo honesto, lo solidario es asumir la total responsabilidad por la tarea del Gobierno. Las críticas las mantenemos para nuestro debate interno, pero para afuera somos todos defensores claros y decididos del Gobierno. no solo por su tarea material, sino que por su proyección histórica y por comparación al resto de los Gobiernos que el país ha conocido este siglo.

En segundo lugar, se trate de estudiar, con seriedad y sin verbalismo, las próximas etapas en el camino de superación del capitalismo, desde un punto de vista cristiano, humanista y democrático. No se trata de usar nuevas palabras, ni de encubrir un contrabando ideológico, ni de bautizar nuevas vías. Se trata de hacer estudios técnicos serios para poder avanzar dentro de las limitaciones que la situación del país nos impone.

En tercer lugar, se trata de colocar como meta fundamental del Partido, la conquista del poder para un nuevo período presidencial en 1970. Esa debe ser una decisión básica de nuestra estrategia, y ella determina la consideración de un gran número de variables destinadas a lograr el apoyo mayoritario de la opinión pública. Entre las más importantes están las siguientes:

a) Claro compromiso con el cambio social y rechazo del status quo derechista. Nadie puede dudar que la Democracia Cristiana considera no terminada su tarea en Chile.

b) Clara diferenciación con toda forma de socialismo, colectivismo, totalitarismo o violencia. El pueblo chileno quiere el cambio cuando éste es racional y responsable, pero rechaza todo tipo de aventuras.

La opinión pública chilena es bastante moderada y no está dispuesta a aceptar ningún camino que implique un riesgo demasiado grande ni que signifique poner en peligro todas aquellas cosas positivas que Chile ha sido capaz de construir en ciento cincuenta años de vida independiente.

c) Rechazo categórico a toda forma de entendimiento con el Partido Comunista, que es el símbolo del totalitarismo y del colectivismo ante la opinión pública. Toda confusión con los comunistas le quita un importante respaldo popular al PDC, que tiene el grueso de su fuerza electoral entre quienes rechazan todo intento de instaurar un gobierno de tipo comunista o de orientación socialista.

d) Reafirmación de nuestra condición de único camino posible para superar la injusticia sin perder la libertad. La Democracia Cristiana debe volver a ser una alternativa entre la derecha capitalista y la izquierda marxista. Debe volver a constituirse en el camino de los que buscaban una solución intermedia y democrática entre el capitalismo y el socialismo.

Es esa la posición que nos dio nuestros triunfos en el pasado. Es un hecho evidente que volverá a darnoslo en el

futuro. La claridad de nuestra imagen es la llave del éxito. La confusión con otras posturas o programas es el comienzo del fin de nuestra calidad de única alternativa política para Chile.

www.archivopatricioaylwin.cl